

ALFONSO GUMUCIO DAGRON*

¿Prometeo viajando en Cadillac?

Los telecentros como el prometido fuego del conocimiento**



Se ha convertido en un lugar común hablar sobre la tristemente célebre *brecha digital*, que existe entre quienes tienen acceso a las nuevas tecnologías de información y comunicación (TIC) y quienes están excluidos. La brecha digital es obvia entre los países del norte y los países del sur, pero se manifiesta de manera mucho más explícita y dramática dentro de los mismos países del denominado Tercer Mundo (la expresión 'políticamente correcta' es *países en vías de desarrollo*, aunque muchos de ellos en realidad están en franco retroce-

.....

* Director ejecutivo del Communication for Social Change Consortium (CFSCC: Consorcio de la Comunicación para el Cambio Social). Especialista en Comunicación para el Desarrollo, cineasta y escritor boliviano con experiencia en África, Asia, América Latina y el Caribe. Correo electrónico: Gumucio@CommunicationForSocialChange.org

** Traducción del inglés al español: Juan Manuel Pombo Abondano, profesor del Departamento de Lenguas de la Pontificia Universidad Javeriana.

so). La brecha entre zonas urbanas y rurales y la que separa a ricos de pobres son la causa principal del desequilibrio entre quienes tienen acceso a las TIC y quienes no. Sin embargo, sería engañoso aislar el problema y reducirlo a una mera cuestión de tecnología. Lamentablemente, es justamente lo que ocurre la mayor parte del tiempo, en particular cuando las TIC son percibidas como la 'solución' a la pobreza y al subdesarrollo como si la injusticia social, la discriminación, la corrupción, los tratados comerciales injustos, la falta de servicios básicos, la mala educación y la precariedad de los sistemas de salud fueran apenas factores secundarios.

Las TIC ingresaron al ámbito del desarrollo con enorme vigor. Durante la década de los ochenta y comienzos de los años noventa, se gestó una poderosa campaña para 'proporcionar acceso' a las nuevas tecnologías de información en las zonas más pobres del mundo. Obviamente, dicha campaña la sustentaba la creciente industria de los computadores y de internet con el propósito de ampliar sus mercados con rapidez.

Las agencias de desarrollo, que en el pasado rara vez apoyaron la radio comunitaria o las iniciativas de comunicación centradas en la propia gente, de súbito se sacaron de la manga una nueva teoría sobre cómo las TIC podrían sacar a las comunidades rurales pobres de su condición marginal. P. Thamizoli y K. Balasubramanian, en su "carta desde el campo",¹ desde la India, nos recuerdan a todos que, según el IDRC², "desde esa perspectiva se ha catalogado a las comunidades rurales como usuarias de telecentros antes que como gestoras de conocimiento".

De pronto, algunos gobiernos de países en vías de desarrollo ubicaron como prioridad en sus agendas aquello de suministrar "acceso universal a los servicios de telecomunicación", pero con frecuencia olvidaron su propia incapacidad para suministrar acceso nacional (ni qué decir de universal) a servicios más básicos. Bueno, por lo menos (para verle el lado positivo a esta tendencia), las líneas telefónicas están empezando a llegar a zonas remotas.

La palabra *acceso* se convirtió en sinónimo de llevar la luz del conocimiento a los más pobres y excluidos, por su "ignorancia". Esta idea prevalece aún en la cabeza de muchos de los que promueven las TIC en los países en desarrollo: "si los pobres supieran más de aquello que nosotros ya sabemos, la calidad de sus vidas mejoraría". Un supuesto paternalista que ha llevado a la implantación masiva de computadores en las zonas pobres urbanas y rurales del Tercer Mundo, con escasos resultados en lo que atañe a cambios sociales.

Prometeo lleva el fuego del conocimiento al pueblo. ¿Qué conocimiento? ¿El conocimiento de quién? ¿Acaso las comunidades no tienen su propio conocimiento? Se ha convertido en un odioso lugar común repetir que el conocimiento es la respuesta para lograr el desarrollo: un mayor conocimiento contribuirá a que individuos y comunidades puedan desarrollarse mejor.

Nadie puede negar la importancia que tiene el conocimiento pero, ¿de dónde surge la suposición de que éste proviene de fuera, y es generosamente compartido por las 'inteligentes' y 'cultivadas' gentes del Norte con los primitivos y desorientados pueblos del Sur? Además, el conocimiento es sólo un aspecto del desarrollo. Decir que su ausencia es la causa principal de la pobreza y el subdesarrollo es la manera más expedita de obviar la discusión sobre las causas sociales, políticas y económicas. Repitémoslo una vez más: la gente no es pobre porque sea 'ignorante', como a muchos les gustaría hacernos creer, sino porque es víctima de un sistema social y económico en extremo injusto donde unos pocos acaparan toda la riqueza y la mayoría simplemente trabaja para que esos pocos acumulen la riqueza. Si lo anterior puede sonar muy simple, podríamos entrar a examinar numerosos ejemplos, sin embargo, el propósito de esta reflexión es analizar la posible utilidad de los telecentros, tal y como los conocemos hoy.

.....

1 Thamizoli, P. y Balasubramanian, K., "Letters from the Field", en *The Journal of Development Communication*, Kuala Lumpur, vol. 12, No. 2, December, 2001. En este mismo número de la revista se publicaron bajo el título "Letters from the Field" informes de Egipto, Sudáfrica, Brasil, Australia y Hungría.

2 International Development Research Centre (Canadá)

Telecentros, brecha digital y desigualdad social

Durante los últimos cinco años se han instalado en el mundo miles de telecentros y se han invertido millones de dólares en la compra de computadores y en garantizar la conectividad a internet; sin embargo, cada vez que queremos mencionar las experiencias exitosas, son los mismos cinco o seis lugares los que vuelven a la memoria. En otras palabras: algo huele muy mal en ciberlandia.

Camino a las comunidades pobres adonde estos iluminados querían llevar sus prometeicas TIC, se encontraron con que esas comunidades no tenían electricidad, y menos aún teléfono. ¡Uy! ¿Aló, base central? Aquí tenemos un problema... Y era fácil ver de qué se trataba: no había enchufes para conectar los computadores ni una línea telefónica para conectarse a internet. Otras cosas (incluso mucho más importantes) no las podían identificar estos mercachifles de las TIC con tanta facilidad: muchas de la comunidades rurales e incluso urbanas no tenían agua, escuela, puesto de salud o representación política en el gobierno local. Ahora, bien, si lo que querían era promover el 'acceso', entonces estos ítems no podían dejarse de lado, pues se trataba de temas esenciales en la problemática del subdesarrollo y la pobreza.

En muchos casos, y con un grado de terquedad para probar su argumento, se extendieron varios kilómetros de cable para llevar electricidad y teléfono a los lugares donde se iba a montar una nueva experiencia de telecentro a partir de cero (olvidense del agua potable o de la educación). Se instalaron vistosos computadores al lado de telefaxes y fotocopiadoras y se suministraron conexiones a internet a través de una serie de arreglos con los proveedores de este servicio. Los mayores esfuerzos se concentraron de manera exclusiva en la tecnología y se le dio muy poca cabida a la discusión sobre la participación de la comunidad y sobre el

objetivo final del desarrollo y el cambio social. Algunas veces, en los documentos iniciales del proyecto, se mencionó de paso la meta del desarrollo para justificar la operación, pero en muy pocas ocasiones las comunidades participaron en el proceso de planeación o fueron siquiera consultadas respecto al proyecto.

Sabemos de la existencia de un puñado de estudios de caso sobre experiencias exitosas y de varios ensayos sobre problemas críticos; sin embargo, algunos de los informes que dan cuenta del 'éxito' en realidad no son más que una relación de buenas intenciones tomadas de los documentos originales del proyecto, y no verdaderas observaciones o evaluaciones independientes realizadas en el terreno donde éstos proyectos se desarrollan. Es cierto que quizá sea todavía muy pronto para evaluar proyectos que apenas tienen pocos años de haber sido iniciados; no obstante, aunque nadie espera ver resultados en las áreas de desarrollo y cambio social en tan poco tiempo, sí sería muy importante que se hiciera un seguimiento al grado de participación y compromiso de la comunidad, a la generación de contenidos locales y a las pautas o comportamientos generales del uso que se hace de los telecentros.

También deberíamos prestarles mayor atención a las cifras: el número de telecentros que las distintas agencias de cooperación y desarrollo han instalado, los costos de dichos proyectos y la cantidad de telecentros que realmente están prestando un servicio a los más pobres de la comunidad y promoviendo cambios sociales. En su "carta desde el campo", Peter Benjamin³ informa sobre la red de telecentros establecidos en Sudáfrica por la Universal Service Agency (USA). De un total de 65 telecentros instalados, el 32% no estaba operando, el 18% funcionaba sin teléfono y un 3% trabajaba sin computadores. Benjamin, además, habla de problemas técnicos y financieros, de carencias en la administración directiva y de conflictos dentro de la comunidad como las principales limitantes. Gail Short, por su parte, informa que "de los 128 centros establecidos a lo largo y ancho de Australia, con financiación del Estado federal, sólo 28 sobreviven hoy por hoy".⁴

3 Benjamin, P., "Letters from the Field", en *The Journal of Development Communication*, Kuala Lumpur, vol. 12, No. 2, December, 2001.

4 Short, G., "Letters from the Field", en *The Journal of Development Communication*, Kuala Lumpur, vol. 12, No. 2, December, 2001.

Los resultados de este tipo de indagación podrían llegar a confirmar lo que dijimos antes: uno de cada cien telecentros ha logrado tener un impacto positivo sobre las comunidades, en términos de promover el desarrollo, el cambio social, los valores culturales, la solidaridad, la conciencia política y la organización y participación, entre otros. Apuesto que los otros 99 telecentros (en el caso de que aún estén funcionando) se han convertido en empresas comerciales o sólo prestan servicio a los estratos sociales más prósperos de la comunidad, es decir, a los intelectuales y a los ricos. Por supuesto que por lo anterior no quiero decir que los estudiantes, los profesores y quienes ejercen profesiones liberales —en el caso de que existan en la comunidad pertinente— no debieran tener acceso a los telecentros locales, simplemente quiero señalar que si los telecentros sólo prestan sus servicios a los estratos más altos de la sociedad, entonces la aseveración de que sirven a los más pobres y necesitados sencillamente no corresponde a la verdad.

¿A qué se debe entonces que tras las grandes inversiones y los esfuerzos de estos Prometeos de las TIC para llevar la luz del conocimiento a los pobres del mundo, resulta que estos últimos toda-



vía no obtienen verdadero provecho? No se necesita convocar a un concilio de sabios para conocer la respuesta. Ya se ha dicho en muchos informes y en discusiones informales a través de la red: la manera como la mayoría de estos proyectos se ha montado y administrado no permite que se amplíe el ‘acceso’ ni mucho menos que se aliente la participación de la comunidad. Al fin de cuentas, lo cierto es que la disponibilidad de computadores y de conectividad no es la panacea para el desarrollo y el cambio social porque la red, tal y como está configurada, no es una herramienta idónea para la mayoría de la población del mundo.

Un asunto clave es el idioma. Las cifras más conservadoras calculan que casi el 50% de las páginas web en el mundo están en inglés (contra un 5,48 en español, por ejemplo), mientras que la gran mayoría de los pobres del mundo no habla el inglés. Otras cifras alcanzan un 70% del total de páginas redactadas en este idioma. Algunos, incluso, llegan a sostener e insistir en que el inglés debiera ser el idioma internacional de internet.⁵

Es sorprendente la tendencia de algunos a exagerar la importancia del uso del inglés en el mundo. Por ejemplo, con frecuencia se asevera que India y Nigeria, los países más densamente poblados del Asia y del África, respectivamente, son “países de habla inglesa”. Sin embargo, cualquiera que se tome la molestia de ponderar con seriedad semejante aseveración pronto descubrirá que es sólo una minoría, tanto en la India como en Nigeria, la que habla inglés mientras que la gran mayoría de la población sólo habla hindi, hausa, ibo, yoruba o cientos de otros dialectos de uso local. Lo mismo es cierto para el país más poblado del mundo árabe, Egipto. Como señalaba Sherif Hashem, en su “carta desde el campo”, la mayoría de la población allí sólo habla y entiende árabe, el idioma nacional.

Si hablar inglés constituye de por sí una limitación, mucho más leerlo y escribirlo, habilidades esenciales para usufructuar las TIC. En su “carta desde el campo”, P. Thamizoli y K. Balasubramanian

.....

5 Cfr. Pimienta, D. y Lamey, B., “Lengua española y culturas hispánicas en la internet. Comparación con el inglés y el francés”, disponible en <http://funredes.org/LC/L5/valladolid.html>, octubre, 2001.



informan que, en la región de Samiarpatty en India (un entorno típicamente rural):

La mayoría de las mujeres no sabe leer ni escribir. La mayoría jamás ha utilizado un teléfono. No leen periódicos y muy pocas escriben o reciben cartas. Un número considerable de ellas se ha hecho miembro de asociaciones de mujeres que se han venido conformando en la última década. En lo que a los hombres respecta, también un número significativo de ellos no está en capacidad de escribir o leer. Muchos de ellos jamás han escrito o recibido una carta por correo.⁶

Un porcentaje mínimo de los centros donde se han instalado las TIC hace esfuerzos por traducir los contenidos de la red a los idiomas locales. Un buen ejemplo de ello es Radio Kothmale,⁷ en Sri Lanka, un alentador modelo en el que se combinan la radio comunitaria con la conectividad a internet para responder a las inquietudes de la comunidad en su propio idioma. Una ventaja adicional de este modelo es que la información no sólo está beneficiando a unos pocos individuos con la suerte de poder sentarse frente a una pantalla de computador, sino que alcanza a toda la comunidad que escucha la emisora de radio. Se trata de un esfuerzo colectivo, como debiera serlo todo proyecto de comunicación en el Tercer Mundo.

Otro tema que se debe considerar, además del problema del idioma, es el grado de familiarización con las computadoras, que va mucho más allá de aprender a usar el teclado o a mover el ratón. Se requiere todo un bagaje cultural para entender la lógica de la tecnología digital, y los breves talleres de capacitación que suelen ofrecer los telecentros quizá no sean suficientes para que un obrero en Pakistán o un campesino en Ecuador puedan sacarle provecho al potencial de un computador y a internet. Para expresarlo más claramente: ni siquiera nosotros, que pasamos varias horas del día frente a nuestros computadores, llegamos a utilizar siquiera

el 10% de la capacidad y potencial que ofrecen las máquinas y programas de computador que usamos. Y a pesar de esto, vemos muchos telecentros equipados con costosos computadores y provistos de la tecnología de punta que, sin embargo, dentro de cuatro o cinco años tendrán que ser reemplazados.

Junto al idioma, el asunto más importante es la generación de contenidos locales. No basta con traducir lo que existe en la red mundial, ya que el 90% de su contenido, otra vez, es irrelevante para el 90% de la gente en las comunidades pobres del mundo. Si una campesina en Brasil o un pastor en Malí tuvieran la oportunidad (y la destreza) de navegar en la red, ¿cuánto encontrarían que fuera de utilidad en su vida cotidiana?

“¿Quién está contando las historias?”⁸ La pregunta que George Gerbner formuló para analizar el contenido de los programas de televisión en los Estados Unidos bien podíamos extenderla a los contenidos de la red global. “¿Quién está contando las historias en la red?”. ¿A qué voces estamos sujetos? Parece increíble que a pesar de que durante décadas hemos sido tan críticos respecto a la polarización de la información generada principalmente en Estados Unidos y en algunos países europeos, hoy estemos fascinados cuando lo mismo ocurre en la red. Durante la década de los setenta, cuando la UNESCO propuso la creación de un nuevo orden mundial de la información que le permitiera a los países en vía de desarrollo contribuir desde su propia perspectiva al flujo de información internacional, Estados Unidos boicoteó a la organización internacional y dejó de hacer los pagos y contribuciones que le correspondían. ¿No debiéramos hoy, por lo tanto, preocuparnos en el Tercer Mundo por el hecho de que hasta ahora no hemos sido capaces de aportar significativamente, en términos de contenido al crecimiento de la red? De hecho, esto último también es cierto para algunos poderosos países europeos, cuya participación en la red, en términos de contenido e idioma, sigue siendo muy marginal.

La generación de contenidos locales debiera ser esencial en cualquier proyecto de las TIC que busque beneficiar a comunidades rurales o urbanas margina-

6 Thamizoli y Balasubramanian, *op. cit.*

7 Para más información sobre la Kothmale Community Radio véase Gumucio Dagron, Alfonso, “Making Waves. Participatory Communication for Social Change”, y David, Anthony, “Radio Brings a Revolution in Communication”, en *UNESCO Sources*, julio-agosto, 1999.

8 Gerbner, George, “Who is Telling the Stories?”, en *Inter/Sections: The Journal of Global Communication and Culture*, vol. 1, No. 1, verano, 2001.

les y, además, debiera incorporarse desde el comienzo mismo del proyecto y no como un complemento que se puede (o, más probable, que no se puede) agregar más adelante a medida que el telecentro se desarrolla. Un buen ejemplo de telecentros que realmente se preocuparon por proveer a sus usuarios con información apropiada es una red conocida como los Centros de Conocimiento Comunitario (Village Knowledge Centres),⁹ de la Swaminathan Research Foundation, en Chennai (India). El concepto se articula en torno a las necesidades de la comunidad y no al revés. La Fundación Swaminathan instaló unos *puestos de información* en varias aldeas y un *centro de valor agregado* que se encarga de levantar páginas web con información relevante para las necesidades locales, por ejemplo los precios de los productos en el mercado o la información meteorológica para la localidad. El concepto central es el de crear una red local que atienda las necesidades específicas de las comunidades en cuanto a contenidos, cultura y lengua.

¿Cadillacs en zonas rurales?

El tema de la tecnología, que ha sido el eje en torno al que gira la mayoría de los proyectos institucionales, también debe considerarse. Los más críticos han dicho que los telecentros son con frecuencia como Cadillacs en las zonas rurales. La imagen pretende simbolizar el hecho de que equipos y programas de computación muy sofisticados se han instalado en lugares donde no existen otros servicios básicos. “¿Anda Prometeo en un Cadillac cuando debiera ir en bicicleta? ¿No hemos aprendido nada de los médicos descalzos o de la Revolución Verde?”. Al parecer, la “tecnología apropiada” sólo hace parte de la jerga de quienes trabajan en el desarrollo rural, pero no es cabalmente reconocida por los advenedizos promotores de las TIC.

El mundo del desarrollo ha conocido demasiados fracasos en los últimos cincuenta años y debiéramos aprender de ellos por lo menos en lo que concierne al uso de tecnologías apropiadas. Una tecnología que no es apropiada puede causar más daño que beneficio a los procesos de desarrollo y cambio social. ¿Qué tipo de tecnología es necesaria

y justificable en los telecentros rurales? ¿Deberían estar dotados con la misma tecnología que los telecentros urbanos? ¿Deberían los telecentros orientados hacia la participación de la comunidad, el desarrollo y el cambio social equiparse con la misma tecnología que los telecentros que son empresas comerciales? ¿A qué se debe que mientras se hacen esfuerzos para desarrollar el *Simplputer* (un computador sencillo que costaría menos de 200 dólares) las inversiones en los nuevos telecentros rurales sigan siendo tan elevadas? ¿Qué tipo de tecnología puede recibir mantenimiento local y ser sostenible al paso de los años?

El tema de la participación comunitaria se suma a lo mencionado anteriormente como otro componente clave de los telecentros que promueven el desarrollo y el cambio social. Como ocurre con cualquier proyecto de desarrollo que se origina con aportes externos, su sostenibilidad sólo puede garantizarse mediante el compromiso y la participación de la comunidad de beneficiarios, y esto no tiene que ver únicamente con el problema de la financiación. Muchos proyectos de desarrollo han fracasado a pesar de haber recibido apoyo externo durante muchos años, porque la comunidad jamás llegó a desarrollar un sentido de apropiación respecto al proyecto o programa y, por lo tanto, permaneció siempre ajena. La participación de la comunidad no es algo que pueda suceder después de que el telecentro ha sido instalado: más bien debería ser una condición esencial para empezar un telecentro.

Un buen ejemplo de estos últimos son las telecabañas que CREST¹⁰ ha patrocinado en zonas rurales en el noroeste de Rumania. CREST se niega a iniciar una telecabaña si la comunidad no ha mostrado su total compromiso con el proyecto, lo cual por lo general se traduce en conseguir el

.....

9 Para más información sobre los Village Knowledge Centres, véase “Letters from the field” (abajo). Balaji, V.; Rajmohan, K. G.; Rajasekara Pandey, R., y Senthilkumar, S., “Toward a Knowledge System for Sustainable Food Security. The Information Village Experiment in Pondicherry”, en *e-OTI. On the Internet, An International Electronic Publication of the Internet society*, marzo-abril, 2001, pp. 32-37, disponible en <http://www.isoc.org.oti>. Gumucio Dagron, *op. cit.*, y Dugger, Celia W., “Connecting Rural India to the World”, en *The New York Times*, 28 de mayo, 2000.

10 Resource Centre for Non Governmental Organisations (CREST: Centro de Recursos para Organizaciones no Gubernamentales). Más información en: <http://www.crest.ro>



terreno o lote, levantar la edificación para albergar los equipos y organizar grupos de voluntarios que se encargan de las distintas actividades. Es importante señalar que varios países de Europa oriental usan el término *telecabaña* para marcar la diferencia con los telecentros, que son de carácter comercial, y las telecabañas, cuyos objetivos son el desarrollo y el cambio social.

La experiencia de Telecentros Brasil muestra lo mucho que tuvo que evolucionar el concepto para ajustarse a las necesidades comunitarias. La "carta desde el campo" de Richard Kyle así lo reconoce: "Entendíamos muy poco sobre el ritmo y la noción del tiempo en la comunidad". En su informe sobre la red de telecentros en Australia occidental (Western Australian Telecentre Network), Gail Short subraya la importancia de que la comunidad se apropie: "Los miembros del telecentro trabajaban como hormigas, levantaban las construcciones, recaudaban dinero para su centro. Hacían gala de un orgullo que provenía del sentido de apropiación".¹¹

Por último, pero no por ello menos importante, el tema de la sostenibilidad surge siempre que se habla de experiencias comunitarias y en particular de los telecentros. Las mismas agencias de cooperación que han apoyado durante cinco y hasta diez años proyectos de desarrollo (con frecuencia verdaderos fracasos), parecen más que ansiosas por lograr que sus inversiones en telecentros (y otros proyectos de comunicación comunitaria) sean autosostenibles en apenas uno o dos años. El 'certificado' de sostenibilidad financiera parece ahora ser más importante que el logro de los objetivos de desarrollo de la comunidad y de cambio social. Peor aún, parece que si un telecentro es financieramente sostenible, entonces se le considera un 'éxito', independientemente de su impacto social.

Esta empecinamiento para que los telecentros sean rentables a corto plazo está obligando a muchos a convertirse en empresas comerciales y a suscribir las mismas ideas neoliberales que pretenden

.....
11 Kyle, R., "Letters from the Field", en *The Journal of Development Communication*, Kuala Lumpur, vol. 12, No. 2, December, 2001.

12 Para más información sobre InfoDes, véase Gumucio Dagron, *op. cit.*, en <http://www.infodes.org.pe>

privatizar los sistemas de salud y educación, liberando al Estado de sus principales responsabilidades por el bienestar de sus ciudadanos. Pronto estaremos evaluando a las bibliotecas públicas en función de su 'sostenibilidad' económica y no en razón del servicio cultural y pedagógico que deben prestar. Este enfoque de la sostenibilidad económica a toda costa fue promovido, sobre todo por las agencias de cooperación de Estados Unidos, y es parte del torrente sanguíneo que alienta la filosofía y la cultura de toda actividad humana en ese país. A mi modo de ver, se trata de una concepción muy estrecha de la sostenibilidad y, sin embargo, gracias a la influencia que ejercen a través de sus mecanismos de financiación, se está imponiendo en el mundo entero.

La analogía antes mencionada que alude a las bibliotecas públicas no es una mera coincidencia. Considero que los telecentros debieran ser una versión moderna de las bibliotecas públicas, con un componente de comunicación que amplíe su alcance y transforme la antigua relación individual entre la biblioteca y el usuario en un proceso colectivo que involucre a toda la comunidad. Uno de los propósitos principales de las bibliotecas y de los telecentros es abrir el mundo de la información y del conocimiento a las comunidades, con la ventaja de que los telecentros pueden adaptar la información según las necesidades de la comunidad. Desde la perspectiva de la sostenibilidad, los telecentros comunitarios deberían ser tratados como bibliotecas públicas, es decir como entidades que favorecen el desarrollo de la educación y la cultura. El proyecto InfoDes¹² en Perú, se desarrolló con la idea de ampliar, mediante las TIC, la capacidad de las bibliotecas públicas que se habían creado veinte o treinta años atrás en las zonas rurales.

Lograr que un telecentro sea económicamente 'sostenible' en las zonas urbanas no constituye mayor



reto. Mientras existan estudiantes, profesores y profesionales, el telecentro será un buen negocio. Los miles de *cibercafés* que han surgido en las zonas urbanas, incluso en los países más pobres y sin ningún respaldo institucional, demuestran que las iniciativas comerciales son fácilmente sostenibles. Aún en ciudades pequeñas, los cibercafés se reproducen como hongos. Por un precio inferior al equivalente a un dólar, los usuarios urbanos pueden acceder a internet durante una hora para buscar información, juegos o portales pornográficos; para *chatear*; para consultar y enviar correos electrónicos, o para lo que sea. Con todo, la sostenibilidad de este tipo de telecentros o cibercafés no constituye una prueba relevante de que las TIC estén prestando un servicio a los más necesitados de la comunidad. Sin duda, es saludable que los estudiantes puedan hacer sus tareas y que los profesores preparen sus clases (si dominan el inglés); los cibercafés comerciales atienden a estos grupos con precios muy convenientes y con asesoramiento (y a veces capacitación), sin necesidad de recurrir a ningún proyecto internacional para que los subsidie.

Sin embargo, la pregunta sigue siendo la misma: ¿acaso debemos exigirles certificados de 'sostenibilidad' a esos telecentros o telecabañas que realmente tratan de contribuir al desarrollo y al cambio social de la comunidad? ¿Debiéramos tratarlos como empresas comerciales? ¿Dispone el obrero de una fábrica o una campesina de un dólar para pagar una hora en internet? ¿Qué tal si redefinimos la sostenibilidad en términos más acordes con la función social y cultural de los telecentros comunitarios? Yo sugiero que el concepto de sostenibilidad sea reconsiderado en función de la apropiación comunitaria y de la sostenibilidad social, y por lo tanto, en relación a los beneficios concretos que aporta a la organización y al desarrollo de la comunidad, particularmente en las zonas rurales. La lógica del lucro que acompaña a la globalización no contribuirá a resolver los problemas del subdesarrollo sino que, por el contrario, agravará la brecha que separa a ricos de pobres, la brecha entre los que pueden acceder a las TIC y aquellos que no.

Esos son, entonces, algunos de los temas e interrogantes relativos a la rápida expansión y desarrollo de los telecentros. Como se trata de un ins-

trumento de comunicación y de conocimiento relativamente nuevo para el desarrollo y el cambio social, es necesario dejar atrás la etapa de fascinación tecnológica y llegar a un punto desde donde podamos analizar las TIC con una mirada crítica, para aplicar lo que hemos aprendido del desarrollo en los últimos cincuenta años y en particular, respecto a la participación comunitaria y la comunicación participativa. En especial, la larga experiencia de la radio comunitaria podría enseñarnos mucho sobre los desafíos del futuro o, por lo menos, podría ayudarnos a establecer la diferencia entre las iniciativas comerciales y las de servicio público que favorecen el desarrollo y el cambio social.

Bibliografía

- Balaji, V.; Rajmohan, K. G.; Rajasekara Pandya, R., y Senthilkumaran, S., "Toward a Knowledge System for Sustainable Food Security. The Information Village Experiment in Pondicherry", en *e-OTTI. On the Internet*, An International Electronic Publication of the Internet society, marzo-abril, 2001, pp. 32-37, disponible en <http://www.isoc.org.oti>.
- Benjamin, P., "Letters from the field", en *The Journal of Development Communication*, Kuala Lumpur, vol. 12, No. 2, December, 2001.
- David, Anthony, "Radio Brings a Revolution in Communication", en *UNESCO Sources*, julio-agosto, 1999.
- Dugger, Celia W., "Connecting Rural India to the World", en *The New York Times*, 28 de mayo, 2000, s. p.
- Gerbner, George, "Who is Telling the Stories?", en *Inter/Sections: The Journal of Global Communication and Culture*, vol. 1, No. 1, verano, 2001.
- Gumucio Dagron, Alfonso, "Making Waves. Participatory Communication for Social Change", en *UNESCO Sources*, julio-agosto, 1999.
- Kyle, R., "Letters from the Field", en *The Journal of Development Communication*, Kuala Lumpur, vol. 12, No. 2, December, 2001.
- Pimienta, D. y Lamey, B., *Lengua española y culturas hispánicas en la Internet. Comparación con el inglés y el francés*, disponible en <http://funredes.org/LC/L5/valladolid.html>, octubre, 2001.
- Short, G., "Letters from the Field", en *The Journal of Development Communication*, Kuala Lumpur, vol. 12, No. 2, December, 2001.
- Thamizoli, P. y Balasubramanian, K., "Letters from the Field", en *The Journal of Development Communication*, Kuala Lumpur, vol. 12, No. 2, December, 2001.